

Reseña

Carlos García. *El joven Borges y el expresionismo literario alemán*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 2015.

Martín Prieto¹

A principios de los años 20, en simultáneo con la publicación de sus manifiestos ultraístas, Borges publicó algunos poemas (“Trinchera”, “Rusia”, “Guardia roja”) que fueron más tarde leídos no sólo en términos políticos –según la explícita terminología de sus títulos– sino también en términos estéticos: como una manifestación de cierta influencia expresionista. Carlos García toma uno de esos poemas –“Rusia”–, toma la nota al pie de *Textos recobrados* donde se reproduce el poema –que, a su vez, cita un fragmento de una carta de Borges a su amigo Maurice Abramowicz en la que hace referencia al poema– y escribe: “La breve nota [...] ha ocasionado diversos malentendidos que recorren toda la literatura crítica y reclama por ello algunas precisiones, que paso a hacer” (169). Esta anotación resume lo que podríamos llamar el “método García”, de tanta importancia en los estudios sobre la obra temprana de Borges y, consecuentemente, visto el enorme peso del autor en su sistema, sobre la literatura argentina entre los años 20 y 30. Detecta un problema, atribuible a las fábulas de autor inventadas por el mismo Borges o a la a esta altura incomprensible falta de una edición anotada de sus *Obras completas*, ve la evolución del problema que se vuelve, por lo tanto, cada vez mayor (el paulatino pero firme paso de un débil equívoco a un error) que reclama para volver, por lo menos a su estado de equívoco (que es en el que lo dejó su autor), algunas precisiones que García, sin más trámite, como él mismo dice, pasa a hacer.

¹ **Martín Prieto** nació en Rosario en 1961. Es Profesor de Literatura Argentina en la Universidad Nacional de Rosario. Publicó *Breve historia de la literatura argentina*, los libros de poemas *Verde y blanco*, *La música antes*, *La fragancia de una planta de maíz*, *Baja presión*, *Los temas de peso*, *Natural* y *Retratos de ciertas personas de importancia en mi vida*. Y la novela *Calle de las Escuelas número 13*. Actualmente dirige el programa Año Saer, del Ministerio de Innovación y Cultura de la provincia de Santa Fe.

Algunos libros y estudios anteriores, entre los que quiero destacar *La edición princeps de Fervor de Buenos Aires*, de 1997, *El joven Borges, poeta (1919-1930)* y *Correspondencia Macedonio-Borges*, de 2000, llamaron de inmediato la atención entre los pocos pero curiosísimos lectores de crítica e historia de la literatura argentina, pues García, con un método de lectura muy personal que combina los saberes del archivista, el historiador, el traductor, el biógrafo, el filólogo y el crítico literario, comenzó a develar gran parte de los primeros años de Borges en la Argentina, una vez llegado de Europa, con una enorme conciencia de que lo que atañe a la historia de Borges en esos años, atañe de manera inmediata a la historia de las vanguardias y a la historia de la literatura argentina, sin más.

Publicaciones, manifiestos, traducciones, correspondencias, versiones manuscritas o no publicadas de poemas o ensayos –que o bien los especialistas no conocían o conocían solo en parte y, lo que es seguro, nunca habían relacionado como lo hizo García en aquellos y en otros estudios– iluminaron zonas desconocidas (y muy valiosas) de nuestra historia literaria y reclamaron ajustes o rectificaciones de investigaciones anteriores que el mismo García muchas veces se encarga de exigir. En el nuevo libro, por ejemplo, Jorge Schwartz (por confundir una revista del siglo XX, *Der Sturm*, con el movimiento del siglo XVIII, *Sturm und Drang*), o Emir Rodríguez Monegal (por anotar que el poeta alemán Wilhmen Klemm era filonazi cuando en verdad fue perseguido por el régimen) son algunos de los prestigiosos estudiosos de la obra de Borges enmendados por García, quien, por enmendar, también enmienda al mismo Borges por traducir el alemán “After” por “orificio posterior” en lugar de por el “más idóneo y más económico (así como más plausible en un asiduo lector de Quevedo)” ano (82).

El joven Borges y el expresionismo literario alemán es un libro complejo. El autor se propone revisar las traducciones que entre 1920 y 1923 Borges realizó de poetas expresionistas alemanes, con las que contribuyó a difundir la tendencia en España, pero también en la Argentina. El original del poema, la versión de Borges y una versión del mismo García (“pedestre”, anota el autor, que “aspira,

apenas, a subrayar las variantes que Borges introdujo más o menos sutilmente en las suyas” (8)) conforman la estructura del libro, a un capítulo por autor. Como la mayor parte de ellos son hoy desconocidos para los lectores rioplatenses (y algunos, aun, también para los alemanes), el libro despliega su primera complejidad pues trata simultáneamente de los poetas (que son presentados y versionados dos veces), pero también de Borges como traductor, como divulgador y como crítico literario. A este respecto, por ejemplo, anota García la perspicacia del muy joven Borges quien en 1920 realiza una breve síntesis de la lírica expresionista reuniendo en la misma a los paladines de dos tendencias enfrentadas, encuentro que la crítica alemana iría a corroborar recién años después.

Pero como a su vez se trata de un libro de García y su método consiste no sólo en mirar a Borges, sino también su entorno (“datos de gente con la que tuvo relación, amigos de juventud, hacedores de revistas, editores e impresores”, como señala en la entrevista publicada en este mismo número de [Badebec](#)) en el convencimiento de que dicho método en vez de alejarnos de Borges nos conduce a él por otros caminos, el libro se despliega, también, hacia otras publicaciones de la época, corresponsales, testimonios, ampliando la mirada ahora hacia los años europeos de Borges, que es cuando comienza su interés por los alemanes. Y de este modo el libro es, también, una aproximación a las vanguardias europeas, en tiempos de gestación y consolidaciones parciales, en los que los nombres de los movimientos o tendencias, hoy cristalizados, eran intercambiables y sus límites, difusos. Borges, en una carta a Guillermo de Torre de 1920, envía un poema al que califica, como si fuesen sinónimos o como si sus diferencias fueran mínimas o de opinión, de “creacionista, ultraísta, expresionista (?)” (172). En otra carta del mismo año, dirigida a Jacobo Sureda, hablando de la “metáfora expresionista”, pone una llamada junto al adjetivo y, al pie “ya que lo de ultraísta no te convence, empleo esta palabra” (172).

Y, en otro despliegue más, el libro es una aproximación, también, a dos lecturas capitales para la formación de la poética de Borges: las de Walt Whitman y Franz Kafka. Que no es, como se apresura a aclarar García, que fueran expresionistas de algún modo, sino que son leídos y conocidos por Borges en

esos mismos años. Whitman, en alemán, en 1916. Kafka, entre 1916 y 1917. Y la lectura no dogmática, permeable aun a toda influencia de un joven extremadamente curioso como era Borges, lo lleva a García a trazar líneas de puntos entre unas y otras lecturas, reforzadas victoriosamente sus hipótesis por algunos textos posteriores del mismo Borges.

En 1938, en una nota publicada en la revista *Sur*, Borges hablará de tres “escritores extraordinarios”: Döblin, Kafka y Johannes Becher. El excéntrico de la lista –en términos de universalismo, difusión y tamaño de obra– es Becher, un poeta expresionista alemán a quien Borges –nos lo recuerda ahora García– cita por primera vez en una carta de 1917 y de quien tradujo un poema, “Lusitania”, en 1920.

Unos años más tarde, en el cierre al conmovedor “La flor de Coleridge”, publicado en *Otras inquisiciones*, en 1952, Borges vuelve a colocar al excéntrico Johannes Becher, en un espacio principal:

Una observación última. Quienes minuciosamente copian a un escritor, lo hacen impersonalmente, lo hacen porque confunden a ese escritor con la literatura, lo hacen porque sospechan que apartarse de él en un punto es apartarse de la razón y de la ortodoxia. Durante muchos años, yo creí que la casi infinita literatura estaba en un hombre. Ese hombre fue Carlyle, fue Johannes Becher, fue Whitman, fue Rafael Cansinos-Asséns, fue De Quincey.

Este volumen se propone, entre otras cosas, dar dimensión literaria y biográfica a una serie de nombres que para muchos de nosotros sólo tenían valor significativo, sonoro –Becher, Stadler, Stramm, Klemm, la enigmática Hélène von Stummer– y, de paso, como dice el mismo García “complicar un poco las cosas” (175) (por si hiciera falta) en el ya de por sí intrincado mundo de influencias, relaciones y lecturas que forman parte de la prehistoria de Borges y que tienen, esto está claro, una fuerza decisiva en la formación de su obra más importante y popular.

Con una combinación admirable de firmeza (estos son, acá están los documentos que acompañan cada una de mis aseveraciones) y de cautela (no puedo asegurar que no haya otros que más tarde obliguen a atemperar o a desviar tal o cual afirmación), García viene construyendo, en episodios

discontinuos, al azar de las publicaciones argentinas o extranjeras, un capítulo que, en conjunto, será fundamental en la historia de nuestra literatura. Ambiciono, como lector, que esa última versión sea acompañada por un impulso escriturario y de edición que, sin dejar de lado todo lo que hoy resulta constituyente de su estilo –notas, notas a las notas, refutaciones, hipótesis, enmiendas, puntos de fuga–, le permita también convocar a otros lectores, menos complejos o especialistas, pero tan interesados en una materia que también habla de ellos.